



brazos y mis manos como ellos, luego los pies. Papá se echó a reír. Me dijo: “Mira hacia ahí.” Lo hice. Me pidió que sobre todo no me moviera, que me quedara así hasta que él volviera. Y desapareció.

Permanecí quieta, solita, con la mirada fija, durante un momento que me pareció bastante largo. Una señora mayor se acercó y empezó a dar vueltas a mi alrededor. No me moví. La señora se acercó aun más para mirar la falda escocesa más detenidamente, la cogió entre sus dedos, y ajustó sus gafas. Yo seguía sin moverme, no quería defraudar a Papá. No entendía cómo era posible que la señora no me viera. Seguía manoseando la falda por todos los lados, y a la vez era a mí, mi carne, que tocaba. Entonces sentí miedo. Una lágrima estaba derramándose sobre mi mejilla pero seguía perfectamente inmóvil. Podía sentir el latir de mi corazón. La señora exclamó, a solas: “¿Pero donde está el precio?... ¡Será posible! ¿Donde está el precio?”. Entonces no pude aguantar más, notaba que mi rostro estaba ardiendo cuando le murmuré: “Lo siento..., perdóneme...”, al principio sin agitarme, pero de repente salí disparada como una flecha. La vieja se quedó con los ojos como platos, completamente pasmada.

Papá estaba al final del pasillo y lo había visto todo. Me recibió con una carcajada, estrechándome en sus brazos.

## CASTILLOS EN ESPAÑA

Realizamos un reportaje cuyo tema era: “Castillos en España”. Vimos, uno tras otro, los castillos más impresionantes de Castilla.

Tres días de trabajo, una noche en el parador de Segovia, la otra en el parador de Toledo. Un sueño para mí: por la noche, los paradores; de día, el viaje por los paisajes de esa meseta árida. Se tiene la sensación de que la gente que vive ahí sólo puede ser auténtica. ¡Y una luz! Una luz que todo lo magnifica, grandes rayos rasando el espacio inmenso, adueñándose repentinamente de aquellos castillos tan gigantescos que no parecen de este mundo.

Tuve que posar delante de estos castillos, me sentía minúscula con un monstruo amenazando con su fuerza y su misterio detrás de mí. Me daba la vuelta para mirarlos y para tranquilizarme, y no me lo podía creer. El equipo, allá lejos. El fotógrafo utilizaba el zoom, me gritaba cosas pero el viento se llevaba sus palabras. El viento y nada más. ¡Sí! Una corneja pasó gritando, creo que era eso..., un pájaro negro. El viento en mis ojos, mi pelo y

mi capa. Grandes capas de líneas sobrias y colores oscuros, grandes botas: la ropa estaba a la altura de esa ilusión romántica que empezaba a difuminarse en mi corazón. Ya no veía a nadie, el sol llegaba directamente sobre mí. Estaba contenta de hallarme aislada de esta manera, me sentía sola en compañía de ángeles, de espíritus, de antepasados; exaltada. Creo que me evadí un buen rato de la realidad de este trabajo; así pues, no sé lo que hice. Simplemente de pie, ahí, delante de aquel castillo en esa gran meseta, se me olvidó por completo posar, hasta se me olvidó durante un tiempo tener una apariencia distinta en aquel paisaje. Y el fotógrafo captó eso, supongo. En un momento dado, me llamó: “¡Eh! puedes moverte, ¡no eres una piedra!”. No sé cuánto tiempo me había quedado inmóvil. El sol pronto iba a ponerse, el cielo estaba incendiado.

Volvimos todos a la furgoneta y pregunté al fotógrafo si no le importaba dejarme su sitio, delante, para ver el paisaje. Me lo concedió. Así pues, me instalé frente al paisaje, al lado del conductor y me calenté las manos en el salpicadero.

El conductor era un hombre con una sonrisa bonachona, más bien rechoncho, y que no paraba de fumar puritos. La redactora se quejaba de ello pero él la mandaba a paseo riéndose. No era el primer trabajo que hacían juntos. Cada vez que *Vogue* realizaba sesiones en

exteriores, le llamaban a él. También trabajaba para otras revistas y agencias de publicidad.

Había tapizado su furgoneta con los composites de todas las modelos que habían viajado con él y que le habían parecido monas. La redactora y la estilista se reían porque algunas eran francamente horteras; al fotógrafo y al peluquero les resultaba hasta desagradable ver eso durante tantas horas de viaje. Pero el conductor no hacía diferencias, todas eran unas chicas guapas y simpáticas, fueran principiantes, *top* o modelos para *Damart*. Detrás, empezaron a hablar de moda, una verdadera discusión sembrada de unos “¡me encanta!” y unos “¡qué horror!”. El conductor no decía nada, no tenía ideas sobre el tema y le importaba un bledo. Yo tampoco decía nada. Me sentía tan apacible como aquel hombre a mi lado que conducía tranquilamente con una sola mano. Mantenía sus ojos fijos al frente, ya habían tragado miles de kilómetros. La luz hacía el paisaje cada vez más bello. Acabé haciéndole algunas preguntas, parecía que conocía bien la zona. Creo que ambos éramos felices en aquel instante porque ninguno de los dos tenía la sensación de estar trabajando.

## **UNA BELLEZA QUE NOS SOBREPASA A TODOS**

(....) No es al fotógrafo que nos entregamos -¿cómo íbamos a ofrecerle estas intensas miradas, llenas de amor o de felicidad?- sino a un agujero negro como una abstracción en el cual nos perdemos hasta lo infinito, nos zambullimos en nuestro interior y del cual salimos a lo desconocido.

Ahí dejamos de ser esclavas, nos hallamos en este espacio reducido e íntimo donde todo depende de nosotras, donde hemos de dar lo mejor o lo peor, donde ya no podemos escondernos detrás de los artificios con los cuales nos han ataviado, absolutamente solas y frente a frente con nosotras mismas. Es entonces cuando llega la emoción.

Los fotógrafos, estilistas y redactoras atentos reciben y miden la emoción: no debe desbordarse del marco de lo que puede ser conservado, rentable, pero debe estar presente pues si se trasluce en la imagen es ella la que vende.

Así pues, este momento es nuestra corta gloria: cegadas por la potencia de los focos que nos apuntan, más allá del mundo y del tiempo, bañadas por un silencio que de

repente se ha hecho intenso a nuestro alrededor, podemos entregarnos por completo.

Y esta receptividad del equipo me llama la atención: ¿acaso podría la belleza conmoverlos? No mi belleza sino algo que me engrandece y me supera y de lo cual soy en este momento el receptáculo, algo que genera tanto admiración como interrogación...

¿Quizá sea esto lo que buscan, estos tristes frustrados y esnobs que me rodean? Ellos también son capaces de transformarse y entonces, empujados por una repentina necesidad de idolatrar, te dicen cosas que no hay que creerse demasiado si no quieres llevarte un chasco. Un entusiasmo casi fanático puede transformarse muy rápido en el más absoluto desinterés. De pronto, te llevan en palmitas, tienen ganas de mimarte, te prodigan toda clase de atenciones -“¡Eres divina!”-, revolotean a tu alrededor, arreglan por enésima vez un ínfimo pliegue...

Adoran la imagen aislada: la que nace para morir, enseguida reemplazada por otra. En esto radica todo el placer. Un placer distinto, que en realidad sólo existe por su frustración pues es constantemente diferido. La flor y nata se constituye así, sobre nimiedades que marcan toda la diferencia... Deciden del privilegio de entusiasmarse antes que los demás, de adelantarse a los imperativos estéticos.

Se da este exceso, esta divinización o desconsideración, tanto hacia los estilistas, los fotógrafos, como hacia los modelos, los peluqueros, los maquilladores.

La crueldad es una necesidad mundana y, si no formaran parte de este mundo selecto, la vida les parecería de un tedio insoportable.

Creía ser la estrella, no era más que el soporte provisional de un sueño sin importancia, un espejismo, una quimera... No era mi persona lo que mimaban de esta forma, sino el producto que representaba.

Bastaba con constatar que los maquilladores, mucho antes de que hubiéramos terminado la última foto, ya habían recogido su material sin siquiera haber dejado algo para quitarse esos kilos de maquillaje en el rostro. Marchados sin avisar. Podrían al menos haberse despedido, hemos pasado muchas horas juntos.

Así es cómo acabas a la seis de la mañana en el anden del metro, en medio de los primeros trabajadores, agotada, pintarrajeada, como una loca.

## DARLO TODO

A veces estoy tan metida en la puesta en escena que me rodea en un trabajo que me convierto de veras en la persona que proyectan en mí. Quiero darlo todo a este personaje en este instante y me parece que podría sacrificar el resto de mi vida para ello. Si el envite fuera: podrías ser esto pero luego se acabará todo, el mundo va a pararse, diría: *“De acuerdo, de acuerdo, ¡no importa!”*.

## CASTING DIRECTOR

Esta “casting director” está borracha. Ya es su tercer día de casting.

Se trata de un spot televisivo para un coche y ya ha visto desfilar a un centenar de chicos y chicas. Los criterios selectivos exigidos por el cliente son bastante precisos pero debe de haber un malentendido: o es ella que no se ha expresado bien o son las agencias de modelos que no entienden nada. Desde hace dos días, la sala de espera rebosa desde por la mañana hasta por la noche.

Hay para todos los gustos: rubios, morenos, deportistas, distinguidos, “comerciales” y “no comerciales”. Entonces aquella mujer estalla, pierde su frialdad impersonal que le permitía —como una vieja costumbre— mandar a la gente para casa nada más llegar porque no tenían el perfil adecuado. ¿Es por llevar a cabo tantos castings? ¿Por ver una y otra vez todas estas caras solicitantes, expectantes, anhelando ser contratadas? Se sale de madre, ya no se comporta como se esperaría: la situación es dramática, hay gente por todas partes, en los pasillos, afuera, más de cien personas de todo tipo...

Este casting debería estar acabado y la cinta de vídeo mandada desde hace varios días. Pero sigue aceptando a gente, incluso a los más feos, incluso a los que llegan después de la hora límite.

Luego se ríe, ironiza en voz alta. No ironiza con maldad, pero lo que de repente se descubre -y que resulta turbador tanto para ella misma como para los modelos- es que su trabajo la mina por dentro. El alcohol es entonces una liberación pero se avergüenza de ello y es esta mala conciencia que le impide entender y aceptar lo que le sucede: su función la condiciona más allá de su necesidad de liberarse de ella, de profanarla.

Por eso su comportamiento es excesivo: quisiera poder actuar y deshacerse de ella pero todas estas caras que la miran y esperan su turno la aprisionan. Romper totalmente con lo que su función ha hecho de ella es lo que de repente se le revela. Ya no se reconoce en sus tics de comportamiento, no son propios de ella, son sociales; ya no se reconoce en su inquebrantable seguridad. El alcohol hace vacilar su razón social y descubre su humanidad habitualmente escondida. *¿Cómo puedo llevar tanto tiempo haciendo este trabajo? ¿Cómo puedo estar tan lejos de mí misma?* Para llevar esta revelación hasta el final, tendría que cambiar completamente.

Mientras tanto, jamás se había comportado con tanta libertad, jamás en su vida había desvariado de este modo. Tiene que acabar con ello, no importa cómo. Y da igual el desperdicio de energía, de tiempo y de dinero; el desperdicio y lo arbitrario forman parte de los castings. Al final, lo que le está sucediendo se quedará entre ella y ella misma (y que digan los que la han visto que bebe). Ajustará más tarde las cuentas consigo misma, se las arreglará: mañana será otro día.

## UN FIN DE SEMANA EN FAMILIA

Nathalie está pasando un fin de semana en casa de sus padres para descansar entre dos viajes, dos sesiones.

Su familia la encuentra cambiada desde que hace este trabajo. Pero ni sus hermanos ni sus padres se lo comentan. Ella les habla aún menos de ello. Los encuentra cambiados también, en su mirada siente algo de miedo, como si viniera de otro mundo, como si ya no fuera del todo su hermana. El hermano pequeño es el único con quien fluye la ternura, se adoran y se pasan todo el día besuqueándose. ¿Le ha cambiado este trabajo? Nathalie no lo cree.

A no ser que no se dé cuenta de nada. El tacto de su piel es el mismo desde la infancia, plástico fino: una suavidad divina, perfecta. Ha aprendido a realzar su belleza, pero esto no tiene consecuencias.

Nathalie no se toma en serio, no toma nada en serio, quizá sea esto lo que les molesta. Los besos con su hermanito son la única cosa real, el resto no es más que una extraña comedia.

Su vida entera no es más que una comedia, ¿pero quién podría pretender saber por qué está aquí?

Desde siempre Nathalie considera que tiene un solo amigo: el dinero. Todo lo demás es mentira. El dinero es por lo que acepta las dificultades y las molestias de este trabajo para el cual se siente demasiado vaga y demasiado libre. Quiere poder contar únicamente consigo misma y llevar la vida que le plazca. De eso está segura, pero no sabe de dónde le vienen esta certeza, esta independencia, esta soledad.

Nathalie adora a los niños pero nunca ha tenido espíritu de familia. Odia las comidas con mucha gente. Recibir, ser recibida, estar en grupo: generalmente, reunirse más de tres personas le da ganas de huir, su primer reflejo es esconderse.

Por desgracia, sus padres reciben a unos amigos este fin de semana, *tienen muchísimas ganas de conocerte*, debería haberlo sospechado. Están tomando el aperitivo, todos la están esperando para comer, lleva una hora bajo la ducha y, a pesar de sentirse levemente culpable, aparta este sentimiento de su mente. Le resulta imposible darse prisa, parar ese chorro de agua caliente relajante en su cara. Ni siquiera tiene hambre.

Sale desnuda de la ducha y, tal cual, atraviesa el salón delante de todo el mundo para ir a su dormitorio soltando un *buenos días* apenas audible. Padres e invitados se quedan pasmados, el cielo se les acaba de caer encima. Parece que ella no se da cuenta de nada.

No hay ninguna provocación ni siquiera algo de exhibicionismo ostentoso en su comportamiento, más bien una inmensa inconsciencia, y eso es lo más turbador. ¿Cómo es posible?

Los padres no entienden, piensan en una deformación profesional, se sienten violentos, sufren. Nathalie no concibe este sufrimiento y no lo soporta.

No obstante, como es un as de la apariencia, llega distendida a la mesa y consigue, al final de la comida y con la ayuda del vino, que el ambiente sea más relajado. En cuanto se acaba la comida, anuncia que debe coger el tren de las tres, ayuda vagamente a quitar la mesa, recoge rápidamente sus cosas esparcidas y las mete en su bolsa de viaje. Da besos a todo el mundo, la miran como a una extraña, lo es, todo eso es falso. Abraza muy fuerte a su hermano pequeño cuyos ojos están llenos de admiración y tristeza. Nathalie está en la carretera.

## OSAKA TERMINAL HOTEL

Osaka Terminal Hotel: hotel de Japón, hotel inmenso. Una enorme torre ultramoderna, ¿un millar de habitaciones quizá? En cuanto me deja el taxi, un hombrecillo uniformado se precipita a coger mi equipaje, es la primera vez que esto me ocurre. Parece que hubiera estado esperándome, ¿cómo sabe a quién está atendiendo? Me dejo llevar, como embelesada. Anda de prisa mientras me vigila con el rabillo del ojo para asegurarse de que le estoy siguiendo. Le sigo, asombrada por este lujo, estos salones, esta gente bien vestida. Esperamos el ascensor, el hombrecillo se inclina para que pase delante, el ascensor es tan grande como una habitación, un altavoz difunde música, una música muy suave, una especie de jazz ligero. Los demás ocupantes del ascensor se inclinan con grandes sonrisas cuando entramos.

En la planta veintinueve, bajamos, el hombrecillo acompaña su gesto de la mano con un “*please, miss*”. Recorremos pasillos que parecen no tener fin, sigue sonando música, otra música, del mismo estilo, tan sedosa como la moqueta, no se sabe de dónde sale, caminamos como si nos deslizáramos sin hacer ruido.

Me pregunto si todas estas habitaciones están vacías u ocupadas y por quién... No sé cómo el hombrecillo se orienta pero parece determinar su destino gracias a un radar interno, para en seco delante de una puerta, la abre con una tarjeta magnética, vuelve a inclinarse al indicarme que pase adentro y deja mi equipaje en el lugar previsto a tal efecto. Me pregunta: “*Miss, what is your wish, dinner in your room or in the restaurant?*” Contesto: “En el restaurante”. El hombrecillo se inclina al tenderme la tarjeta-llave: “*Please, relax, enjoy your dinner and your night, thank you very much*” y, inclinándose una vez más, desaparece.

En la habitación, todo es lujo, hasta el albornoz kimono y las zapatillas. Hay un gran televisor. Además de un canal de información japonés y de otro americano, tengo derecho a cuatro programas de los cuales presentan algunos extractos tentadores (hay que pagar si se quiere verlos): una película de aventuras americana (con imágenes que recuerdan la guerra de Vietnam), una película de aventuras japonesa (con un héroe con una cara demacrada y algunas escenas de una violencia inaudita), una película erótica occidental y una película erótica japonesa.

Esta última llama mi atención: una chica jovencísima y muy pálida con traje de baño en una piscina, hace la plancha, el agua juguetea con la parte de arriba de su bañador, la levanta y la baja sucesivamente

sobre su pecho ligeramente descubierto. Su rostro está mojado, terso e inmóvil como una máscara pero con una expresión extraña, turbada, turbadora. De esta escena, tan púdica, se desprende algo a la vez mórbido y prodigiosamente erótico que incita a querer ver más y despierta una curiosidad que jamás hubiera imaginado sentir. Pero en este instante se corta la imagen, lo cual recuerda que para seguir viéndola hay que pagar. Apago la tele, decido ir a cenar.

Tengo un bono para una cena en solitario, pagada por el cliente. Elijo un restaurante con grandes ventanales que dominan la ciudad inmensa. Cuando entro, las miradas se vuelven hacia mí, sin peso. Sólo hay hombres, Japoneses. No obstante me parece distinguir un rostro occidental en el fondo de la sala. El camarero me deja elegir mi mesa, pegada al ventanal. Miro las luces de la ciudad infinita. A mi alrededor unos hombres hablan de negocios. Puedo leer en su mirada. En todos es la misma cuando se posa en mí. Refleja una cierta ambigüedad: ¿se trata de una puta de lujo? ¿De una modelo? Una modelo es casi lo mismo, es una mujer pública, su imagen pertenece a todo el mundo, de hecho ¡seguro que debe de acostarse con todos los fotógrafos! Ríen ahogadamente como críos después de haberme mirado, me parecen torpes, estúpidos y al mismo tiempo, increíblemente despectivos y descarados. Tan sólo es a la mujer acompañada que no se atreven a

mirar. Es así en el mundo entero. Y quizá sea al pensar en esa mirada del hombre hacia la mujer como objeto de consumo que por un instante se encoge mi corazón.

Como mi compota sin dejar de contemplar todos los rascacielos iluminados, es hermoso, invita a soñar. Llamo al camarero, apunto el número de mi habitación y firmo la cuenta, me levanto sin mirar a nadie. En el ascensor canto cubriendo con mi voz la música ambiental. Desembarco en mi planta, camino por estos inmensos e interminables pasillos, estos pasillos musicales. No hay nadie, ni un alma, ni sombra de ser viviente.

Cuando era bailarina, buscaba pasillos así para entrenarme a dar vueltas, nunca llegué a encontrar unos tan grandes y tan vacíos, la tentación es demasiado fuerte: me lanzo, empiezo a girar despacio y cada vez más rápido.

Solita en estos grandes pasillos me divierto como una loca, giro y giro, durante mucho tiempo. Nadie me ha sorprendido, al menos, que yo sepa.

Regreso a mi habitación después de haberla buscado en el laberinto, de haber pasado varias veces delante sin saberlo. Me he quedado atolondrada, me tumbo en la cama.

Miro fijamente el techo y vuelvo a pensar en aquella Japonesa que hace la plancha en la piscina, me acaricio vagamente, trato de dormirme.

Siempre sola en los hoteles.

### **UNA CHICA DE VALENCIA**

Era una Española de dieciséis años, de los suburbios de Valencia, conocida por su belleza. Era realmente espléndida y desde que tuviera catorce años todos los hombres se daban la vuelta a su paso, sobrecogidos.

Pues era una belleza salvaje y sensual, de piel morena, sus cabellos muy negros y muy largos se enrollaban como una serpiente alrededor de un cuerpo que ondulaba naturalmente, soberanamente.

Pero la gente decía que estaba chiflada, incluso los hombres que la deseaban. Quizá les asustaba pues era puro sortilegio. Huérfana de madre, de familia pobre, quinta de seis hijos.

Nadie la controlaba y salía a las discotecas todas las noches. Ahí, tomaba todo lo que le caía en las manos, dejaba que la invitaran, bailaba, bailaba como una loca: le encantaba. Cuando un hombre quería ir más allá de un simple beso, se resistía y desaparecía. Luego vagaba por las calles, solitaria: esperaba a que amaneciera para volver a casa y acostarse.

Tenía a toda su familia en contra, la consideraban como una mujer de mala vida. No quería trabajar, estudiar tampoco. Parecía que a esta chica todo le daba lo mismo, y, cuando se le reprochaba su egoísmo o que no quisiera a nadie, respondía “de todas formas, a mí me da igual”. Sin embargo, siempre tenía que estar ahí donde hubiera gente y lo menos posible con su familia. Cuando se le preguntaba por lo que le gustaría ser más adelante se encogía de hombros poniendo cara de indiferencia. Alguien le había dicho que debería ser modelo; durante un instante, la idea le había hecho soñar pero se veía tan sepultada en aquel suburbio que le parecía imposible salir de ello.

Mientras tanto, salía todas las noches, siempre tenía a un nuevo acompañante con quien nunca acababa la noche. No parecía preocuparle: lo que quería era salir cada noche, *no ir a acostarse*. Explicaba que nunca había podido dormir de noche. Por eso, mientras había tenido que ir a la escuela, se dormía encima de las mesas. Siempre había odiado la escuela y siempre le había encantado bailar.

A veces se aventuraba hacia el centro de Valencia, hacia las mejores discotecas y, allí, con frecuencia se encontraba con alguien que le daba éxtasis, pero incluso después de haberlo tomado, nunca acababa entregándose a nadie.

Una noche, en una de esas discotecas, su destino cambió: un *scouter* encargado de traer nuevos modelos a Madrid le prometió un buen porvenir en la profesión. No se sentía atada por nada y lo siguió como en un sueño. Afrontó este nuevo mundo y este nuevo trabajo en ese estado de trance.

Gracias a su belleza y a su fotogenia, enseguida cosechó éxitos profesionales y sin jamás volverse hacia su pasado, empezó a viajar de un país a otro y a ganar dinero. Mucho dinero para ella que no nunca había tenido. Día tras día, gastaba lo que ganaba.

Seguía sin poder dormir de noche y sólo se sentía segura ahí donde había gente. En las discotecas bebía y tomaba todo lo que le ofrecían y empezó a entregarse también sin pensar. Detestaba la soledad. Los que fueron sus compañeros de paso la amaron profundamente pero nunca para toda la vida. Se sentían desamparados por sus excesos: pasaba misteriosamente de un estado a otro, de la exaltación, de la alegría más ostensible a la más profunda depresión, del fervor a la indiferencia. Se abría fácilmente y se podía percibir entonces una preciosa y extraordinaria bondad, pero cualquier nadería podía ensombrecerla. Los que la amaron se quedaron desconcertados, se sentían como si lo fueran todo y nada a la vez: demasiada responsabilidad frente a tanta fragilidad, y nada, pues era demasiado animal, demasiado libre, demasiado incoherente. Algunos

intentaron convencerla de que dejara de destruirse. Pero nunca le propusieron vivir juntos. Demasiado bella y demasiado sensible, loca.

Para soportar sin dormir este trabajo a menudo agotador, tomaba cocaína, anfetaminas, cualquier cosa que pudiera ayudarle a seguir aguantando. Su estado nervioso empeoraba. Luego empezó el declive profesional. Cuando un agente la sermoneaba por su comportamiento, sus retrasos, su apariencia física, rápido se volvía histérica, se defendía llorando y todas las miradas se apartaban de ella. Casi tan deprisa como había ascendido en la profesión empezó a desplomarse. Pero hacía como si no se diera cuenta de nada.

Una noche, en una discoteca de Madrid, estaba bailando lánguidamente, casi sola en la pista, estrechando algo contra su cuerpo. Parecía despistada pero sujetaba aquel objeto con delicadeza como si sintiera mucho interés por ello. Un chico se puso a bailar a su lado y le preguntó qué era. Ella sólo hizo no con la cabeza, no quería decirle nada. Pero él era tenaz y no la soltó en toda la noche; entonces ella, a la hora del cierre, le hizo una señal para que la siguiera con una expresión de felicidad y de complicidad infantil. Sentada en las escaleras de la discoteca, bañada por la luz del amanecer, abrió entonces un fular para dejarle descubrir con quién había estado bailando durante toda la noche: un pequeño gatito. Lo acariciaba suavemente, le

musitaba que acababa de pasar su primera noche en el mundo y que los dos eran iguales.

El chico le explicó que este gato no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir si no volvía enseguida con su madre. Le contestó sin más que su madre había muerto y que ella lo había salvado. Quería salvarlo, más aún cuando ahora se había enganchado tanto a la vida como a ella. Por muy embrionario que fuera, se agarraba a su jersey e intentaba subir hasta su cuello y ella se reía de pura alegría. De repente, grave, con lágrimas en los ojos, dijo al chico que si la acompañaba a buscar a un veterinario para dar los auxilios necesarios a la vida del gatito haría todo lo que él quisiera. El chico se encogió de hombros y le indicó que le siguiera. Quienes se cruzaban con ellos al amanecer se volvían hacia ella: es verdad que resplandecía, animada por una luz interior. Eso era realmente lo más increíble: cuanto menos dormía, cuanto más se destruía, más guapa estaba.

Subida en la moto no se sujetó para proteger mejor a su gatito, pero pegó su cuerpo contra el chico. El veterinario se mostró muy escéptico en cuanto a las posibilidades que tenía el animalito de sobrevivir pero estaba manifiestamente conmovido y le dio todo lo necesario imaginable: leche de sustitución, biberones, etc.

El chico la llevó a su casa y entonces ella le reconoció: era un joven actor de cine. Él también había

tenido un destino extraordinario: llevaba una vida marginal en uno de los suburbios más podridos de Madrid, en donde había nacido, cuando un famoso director se fijó en él y le contrató para hacer de él mismo en el papel de un joven delincuente que salía de la cárcel. Desde entonces, acumulaba los papeles de golfo con irresistible encanto.

Después de haberse ocupado del gato y de haberlo dejado en un lugar calentito, se acostaron. Por primera vez en su vida un hombre no le pidió nada: sólo la abrazó fuertemente y durmieron juntitos. A primera hora de la tarde, ella se despertó cantando. Miró a su gatito dormido y preparó el desayuno. Parecía feliz. Incluso empezó a ordenar la casa —que estaba en un estado de dejadez espantosa—, no como una criada sino como si hubiera estado en su propia casa. Él se marchó: tenía que rodar un spot televisivo en contra de la droga como personalidad interesada. Durante las horas que estuvo fuera le esperó sin hacer nada, en la cama. Abrió algunas revistas de hacía algunos meses que estaban esparcidas y cuando él volvió, le enseñó que ella era ésta y también aquella. Primero se quedó estupefacto, y luego pareció sentirse muy orgulloso. Pero ella tiró las revistas y le dijo que ahora quería que le hiciera el amor, inmediatamente. No se percibía ninguna febrilidad en su ruego ni en sus gestos, se entregaba dueña de sí misma. Hicieron el amor suavemente, lentamente,

gustosamente. En ningún momento dejó de mirarlo a los ojos y algunas lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas, luego le preguntó por qué la quería y él contestó: “¡Porque estás tan viva!” Era la primera vez también que alguien le decía algo que le complaciera tanto - invariablemente la respuesta de los demás a esta pregunta era: “¡Porque eres guapa!”-La felicidad que sintió era tan fuerte que incluso le hizo temblar.

El gatito no sobrevivió y este chico, si bien era un tesoro de sensibilidad y de pasión, estaba poseído por un demonio contra el cual llevaba años luchando: la heroína. Ésta fue más fuerte que su amor, que el amor de ambos: ella también se enganchó. Siguió trabajando algún tiempo más gracias a unos fotógrafos que siempre la habían querido pero, poco a poco, la profesión le dio la espalda: se había convertido en una yonqui, se le notaba a veinte metros de distancia, su apariencia física desmejoraba seriamente. A veces, sin embargo, volvía a tener su frescura intacta, su deslumbrante naturaleza. Seguía mirando a su hombre con sus grandes ojos llenos de inocencia.

Él también empezó a perder contactos. Pero la amaba con locura, estaba orgulloso de ella y nunca la abandonó. A menudo se desgarraban el uno al otro pues se atribuían mutuamente la culpa de su estado. Un día, mientras deambulaban completamente colocados por la calle, ella vio un anuncio de sí misma en el escaparate

de una tienda: ahí estaba, limpia, bella, lisa. ¿De veras era ella? Aquello le pareció irreal, absolutamente imposible. ¡Qué decadencia! Se vio acabada. Antes, la imagen mediática le impresionaba, también significaba seguridad y logros. Ahora le alarmaba: esto se había vuelto demasiado doloroso.

El chico murió el día que se emitió el spot contra la droga en televisión. Lo encontraron en un vertedero, con una jeringuilla en el brazo: sobredosis. Aquel mismo día dejaron de emitir el spot.

Ella sobrevivió no se sabe cómo, nadie ya se preocupaba por ella. Pero en los periódicos —algunos meses más tarde— apareció su retrato acompañado de un texto que se titulaba: *“Pasarela hacia la muerte”* y proseguía: *“X, veinte años, oriunda de Valencia, modelo internacionalmente cotizada durante varios años, novia del ya desaparecido actor Z, ha sido asesinada esta noche en un solar del barrio de San Blas. Su cuerpo ha sido encontrado esta mañana, con veintisiete puñaladas y una botella en el ano. El asesino, un joven Marroquí llegado ilegalmente a Madrid hace un año, ha sido arrestado, conducido a comisaría y encarcelado en Carabanchel a última hora de la tarde. Al parecer, los dos jóvenes se conocieron ayer noche en un bar de San Blas donde primero tomaron un cóctel de alcohol y de somníferos. Según la declaración del inculpado, más tarde salieron en*

*busca de heroína para después volver a San Blas e inyectársela. Luego se dejaron caer en un colchón en un solar donde el joven quiso abusar de la víctima. La chica se defendió violentamente y fue entonces cuando, también según la confesión del asesino, él empezó a apuñalarla, sin saber lo que estaba haciendo. Luego no se acuerda de nada. A primera hora de la tarde se presentó despavorido en el mismo bar donde dijo que “había hecho una tontería”. Hasta esta noche, ningún familiar de la víctima se ha manifestado y nadie ha venido a reconocer el cuerpo.”*

¡Ella, aquella llama, la más viva del mundo!

## NIGHTS CLUB

Londres. Ya que se me reprocha hacer rancho aparte, me he dejado arrastrar hasta una discoteca. Temo morirme de aburrimiento y de soledad. Al final encuentro cómo divertirme, paso inadvertida, así no tomo parte en el “¡mírame, aquí estoy yo!” —sí, ¿y qué? — y observo. ¿Qué hacer si no? Ni siquiera hay lugar para la seducción, la cual al menos aliviaría la soledad... Miro e intento conocer un poco mejor a mis camaradas, las diosas de la belleza. Me parecen conmovedoras. Despliegan todas sus fuerzas en la apariencia y su fragilidad ofende la vista. ¿Por qué tanta vanidad?, ¡cuánto siento la inanidad de todo esto! Todos estos esfuerzos desplegados para parecerse a los demás, ¡a todos los demás! ¿Por qué este empeño en matar su propia sensibilidad y personalidad, en borrar su diferencia y su sentido crítico? ¿Para qué ducharse dos veces al día, querer a toda costa estar reluciente por fuera y no por dentro, tener un cuerpo como los chorros de oro y apenas conocer lo que lo anima? Y sin embargo hay, detrás de cada una, una historia interesante, un país, una cultura... Disimulados como su singularidad, tan sólo visibles para una mirada atenta.

¡Oh!, estoy hastiada de no hacer nada valioso, de consumir bebidas y líneas de coca con estas colegas que se vuelven cada vez más transparentes... Todos buscando a Dios sin saberlo... Al mismo tiempo que nuestras envolturas traicionan esta búsqueda y hacen trampas, en el fondo nuestras almas atemorizadas interrogan: “¿Dónde está el amor?” Quizá el amor no sea de este mundo, quizá no pueda transformar mis pensamientos, mis deseos en una realidad milagrosa. Y de repente percibo esta discoteca como la catedral de nuestra soledad.

Miro a los hombres modelos, tan majos en cuanto ya no tienen nada que demostrar, sin mucha personalidad. Jamás he visto a hombres tan majos... Me aburre mi aburrimiento, mi inutilidad, ni siquiera estoy borracha, encima, pero noto mis pulmones estrechos, encogidos. Quisiera respirar más hondo, voy a salir a la terraza a mirar las estrellas, *siempre ahí sobre nosotros*, ¿seguirán hablando conmigo?

## HAN MARCHITADO MI CORAZÓN

Un hastío se adueña de mí, me empuña a brazo partido: ya no puedo seguir arqueándome bajo la luz abrasadora de este foco que me aísla. Los oigo bromear a mi alrededor, tomarse su tiempo. Yo no puedo más, quiero abandonar este lugar, este maquillaje que se va alojando en mis incipientes arrugas. Quiero escapar y reencontrarme con mi amor, mi infancia, mi juventud. Quiero volver al lugar de donde vengo, donde tú te quedaste. No me queda orgullo ni deseo, han marchitado mi corazón. ¿Seguirás acogéndome cuando ya nadie quiera saber nada de mí? ¡Han robado mi alma! En tus brazos quiero encontrarme, confortarme, renacer. ¿Siguen abiertos de par en par para mí? ¿Podrás, con tu amor, hacerme inmortal?

## PINTADAS

Lo que me gusta en España es que las pintadas no tardan nunca en aparecer: un cartel publicitario no queda virgen ni un solo día. Ya sean dientes ennegrecidos, porros dibujados en los labios del ama de casa, o palabras obscenas puestas en la boca del joven ejecutivo agresivo, unas horas después de poner el cartel, el propósito ya se ha desviado. Es una prueba de vida, eso de resistir al machaqueo publicitario. Cuando se deja de tocar estas imágenes, significa que se han convertido en parte integrante del paisaje y sus mensajes intactos dominan la ciudad.

Al marcharme de Viena, esta ciudad donde me sentí tan desgraciada, yo también pintarrajeé una publicidad.

Esta misma mañana habían colocado carteles en los cuales “yo” decía, con una moneda de chocolate en la boca y los ojos desorbitados, que cuando comía chocolate X lo veía todo de color rosa. Llevaba un moño alto muy voluminoso en la cabeza, gafas de color rosa, una chaquetilla rosa y, en las rodillas, un pequeño caniche rosa (al pobre animal lo habían teñido para la

ocasión). Recuerdo que el “profesional del mordisco” había tenido que morder al menos veinte bombones antes de que los dueños de la marca quedaran satisfechos.

Y he aquí que un mes después, el día de mi partida, esta foto se desplegaba por todas las paredes.

¡Me vi tan ridícula! Puede que la imagen resultara graciosa pero yo tenía pinta de auténtica tonta, ¡no de alguien que hace el tonto! En el andén me miraba: en realidad no era yo. Me preguntaba si esta chica iba a ayudar a vender mucho de estos bombones... Se suponía que el humor vendía.

Me pareció demasiado absurdo y no pude remediarlo, llevaba un rotulador negro en mi bolso: visto y no visto, me acerqué al cartel y lo pintarrajeé rápidamente: pinté las gafas de negro. Ahora se veía todo de color negro.

Y me subí al tren que me llevaba al aeropuerto.  
¡Me marchaba!

## BETTY

En Tokio, salgo con Betty Hardy; actualmente es un poco la modelo estrella de la agencia, la modelo cuyos contratos más dinero producen.

Inglesa, veinticinco años, de apariencia muy sofisticada, imagen hipertrabajada. Un cutis de Inglesa, blanco como el marfil, el pelo teñido de negro y brillante como las plumas de un cuervo, unos inmensos ojos verdiazules, traslúcidos, cuyo contorno pinta de negro. En la boca un carmín de color rojo rosáceo sanguino. Lleva años posando para las fotos de belleza de Christian Dior, entre otras campañas prestigiosas y ultrasofisticadas. Viste de negro, lleva tacones muy altos y camisetas de Lycra ceñidas que descubren medio pecho. De esta chica podría decirse que está completamente loca y que es muy buena. Cada noche sale a las discotecas, hasta altas horas de la madrugada, incluso si tiene que trabajar temprano al día siguiente, y consume una buena dosis de alcohol. Cuando la agencia se lo reprocha, dice que *la soledad resulta muy triste*, que no la soporta y que por eso sale diariamente. Tarda cada día dos horas en arreglarse para salir, una vez acabado el trabajo. Se cambia varias veces de ropa,

vuelve a maquillarse indefinidamente. Quiere ligarse a todos los chicos guapos que pasan por ahí y elige de antemano al que quiere para esta misma noche. Víctima en sumo grado de este trabajo y de este mundillo, llega incluso más allá por su desmesura, la encuentro divertida y entrañable. Encarna a la perfección a aquella mujer objeto de deseo y de desprecio de la cual hablé: primero despierta admiración y envidia y luego, finalmente, también lástima.

Por el día, pasamos los castings juntas, comemos hamburguesas sentadas en los asientos al fondo de las limusinas de la agencia. Luego, nos presentamos delante de los clientes y hacemos grandes sonrisas. Sobre todo ella, super profesional. Sufro por tener que competir con ella, con el book que tiene, pero cuando posamos para las ineludibles Polaroid de los Japoneses nos reímos a carcajadas exagerando las poses, descojonándonos del cliente quien parece muy asustado de repente. Una vez nos contrataron juntas para un trabajo de lencería, una lencería sedosa y ultrasofisticada. Los clientes querían algo bastante sexual, aun cuando no se atrevían a formularlo así, ni siquiera quizá para sus adentros. Algo al mismo tiempo muy chic, sin nada demasiado visible ni vulgar, por supuesto... Chic y Sexo. Betty y yo les servimos más de lo que querían, nos deleitamos incluso, como niñas jugando a los mayores. En nuestras poses llegamos hasta la indecencia y siempre muy cómplices.

Creo que todo el equipo estaba muy impresionado, en el buen sentido y en el malo. Debieron de encontrarnos muy fuertes pero también, sin duda, muy depravadas, muy locas. Por otro lado, estaban turbados: los hombres por nosotras, las mujeres por ellos. Cuando terminamos, anduvimos por las calles cogidas del brazo, riéndonos. Luego entramos en una tienda Comme des Garçons y en menos de dos minutos Betty se compró un jersey de mohair rosa (de aquellos que las abuelas hacen en un día) que costaba lo equivalente a cincuenta mil pesetas. Una vez en la calle, declaró que no sabía por qué lo había comprado. Cuando llegamos a su casa empezamos a arreglarnos, volvió a probarse el jersey y lo encontró francamente feo. Dijo que nunca se lo pondría y me preguntó si lo quería. Contesté que no pero me dio miedo ofenderla y añadí que si estaba segura de no arrepentirse, que sí lo quería —al final de mi estancia se lo di a mi *roommate* brasileña que quedó encantada—. La miré durante mucho tiempo mientras se arreglaba y se maquillaba: lo que más me impresionaba eran los ojos delineados de negro desde la mismísima base de las pestañas.

En la calle estaba lloviendo y ningún taxi quería cogernos. No les gustan los extranjeros de noche, y menos aún ataviados de esta forma. Gritábamos como locas porque estábamos empapadas y al final colocamos nuestro pelo lacio y negro delante de nuestra cara,

alzamos el brazo, bien recto, como hacen las Japonesas para parar los taxis, y el primero en pasar cayó en la trampa. Cuando se dio cuenta de que no éramos las dulces japonesas que se esperaba, era demasiado tarde: su puerta automática ya estaba abierta. Sabía a donde íbamos, nos llevó hasta allí en silencio, con sus guantes blancos. Por la noche los extranjeros van todos —yo, en solitario, me arriesgaba a unas escapadas al azar— al mismo barrio, ahí donde están las discotecas más grandes en el más puro estilo americano. En estas discotecas la entrada es gratuita para los modelos, incluso pueden beber y comer gratis. Basta con enseñar su composite.

Con Betty, entrar en algún sitio siempre significaba captar todas las miradas. Increíble, el impacto que producía al entrar en un lugar. Algunas veces, tuve incluso la sensación de que no vivía más que para este instante, le encantaba recibir todas aquellas miradas al mismo tiempo, hubiera querido que esto durara eternamente. Tomamos algunas copas y luego bajamos a la pista para bailar. No sé si era por esta jornada de poses tan decadentes pero realmente teníamos ganas de desmadrarnos. Bailamos como locas. Por desgracia, muy rápido, los hombres empezaron a importunarla. Había Japoneses pero también Americanos, Alemanes, algunos ya no muy jóvenes. Giraban a su alrededor como verdaderos perros babosos

y esto empezó a molestarla seriamente pues en su conducta, al mismo tiempo que el deseo, se manifestaba una falta total de pudor. Por supuesto que su camiseta demasiado escotada no despertaba en ellos el respeto. Entonces, se creían autorizados para hacer cualquier cosa. Intentaba protegerla porque ella me protegía a mí misma, sin darse cuenta de ello. Yo conocía de sobra esta presión de la cual ella era víctima y, por una vez, me libraba de ella. Asumía el papel del hombre pues ella parecía bailar para mí y yo no tenía ojos más que para ella, la quería. Los viejos que estaban alrededor me lanzaron miradas más ambiguas, parecían entender menos mi personaje. Seguro que se imaginaban que manteníamos una relación amorosa, al menos sexual, y aparentemente les hacía fantasear.

En la discoteca se encontraban otros modelos, particularmente una Búlgara muy jovencita de una belleza perfecta y ¡de una frescura!... Betty me confesó que a su lado se sentía traficada, como un vejestorio, y que esta chica tenía una belleza que le hubiera gustado poseer, ¡tan natural! Además, *sentía que se comportaba como una cerda* hacia ella porque, desde hacía dos meses, aquí, se cepillaba regularmente a su chico, Jason, el cual era un verdadero *horse* (dijo esto último con su acento inglés muy distinguido y con una pequeña sonrisa) y que “la pobre chica no sabía nada de ello”. La chica nos dirigía unas tímidas sonrisas. Sé que algunos en la

profesión me reprochaban que saliera con Betty pero me importaba tres narices. Una chica que no duerme más de tres horas y cuya vitalidad no se ve disminuida, ¡he aquí mi alma gemela! Luego tenía un gran corazón, una bondad y una simplicidad que su éxito profesional no había estropeado.

Cuando los hombres se acercaron demasiado, Betty los alejó con un amplio gesto del brazo y una mueca, como ahuyentando las moscas, pero al poco tiempo volvieron a la carga. Entonces, se sintió harta, quiso marcharse, inmediatamente, para ir a otra discoteca “donde había ajenjo”.

Después de cuatro o cinco discotecas ya no se sostenía muy bien en sus tacones y sus pestañas parecían palillos a causa del rímel que se ponía en cada aseo. Cuanto más avanza la noche más maquillaje se vuelve a echar, Betty, como si tuviera miedo de que su apariencia la abandonara, quiere seguir tan guapa como siempre a medida que transcurren las horas. Pero lo que obtiene es más bien el efecto contrario pues, seguramente a causa de la bebida y de las luces disco, no tiene la misma habilidad que al principio de la velada y se parece a una cortesana de la época de Luís XVI, con pómulos como dos pelotas rojas y el pintalabios que desborda. Aquella madrugada, cuando entrábamos en algún lugar, ya no eran miradas de admiración que la acogían sino miradas que enseguida se desviaban, en las cuales se podía leer

una mezcla de temor y de lástima. No parecía percatarse de ello, a estas horas estaba demasiado borracha. Pero al día siguiente aparecía de nuevo perfecta, de punta en blanco, con su look sensacional de siempre.

Le sugerí que volviéramos a casa, dijo que aún no tenía ganas de dormir y que sobre todo no tenía ánimo para estar sola. Me propuso dormir en su casa. Acepté. Al subir las escaleras, bailaba sobre sus tacones, me dijo riendo que no teníamos que hacer ruido para no despertar a su roommate, "*una buena chiquilla.*" Corrió el tabique japonés para separarnos de la chica cuya respiración regular podíamos oír. Puso música, muy bajita. Los Rolling Stones. Se desnudó ante mí sin ningún pudor (me la hubiera imaginado más púdica) y descubrí un cuerpo mucho más infantil de lo que aparentaba vestido. Jamás en mi vida había visto una piel tan blanca. Se deslizó entre las sábanas y empezó a desmaquillarse mientras me hablaba. Con un ojo todavía cercado de negro y el otro limpio tenía un cara graciosa.

A medida que iba quitándose el maquillaje veía aparecer a una chica virginal más discreta y menos segura de sí misma: era una nueva Betty, con este rostro puro y limpio. Dijo que estaba harta de salir todas las noches con estos cerdos que nos encontrábamos por todos los sitios, cada noche al volver a casa pensaba lo mismo, pero en cuanto la noche se aproximaba, se sentía empujada hacia afuera por una fuerza superior a ella. Es

la angustia lo que nos empuja hacia afuera, le dije. Afirmó que dejaría de salir y de beber cuando encontrara al Amor de su Vida. Le sugerí que quizá había que empezar por dejar de salir, que quizá no lo encontraría ahí, que con esta imagen que proyectaba, en cualquier caso, seguiría atrayendo a lo que llamaba los *pigs* más que a un hombre que la quisiera de verdad. Después de un silencio declaró que de todos modos los hombres no amaban, salvo la belleza, y que el deseo nunca duraba. Le dije que pensaba lo contrario, la belleza superficial no era más que un espejismo y era el misterio lo que podía volver loco de amor a un hombre. La riqueza interior podía ser infinita en nosotras, las mujeres, y era lo que turbaba a los hombres en lo más profundo de su ser, era incluso el objeto de su búsqueda inconsciente y obsesiva. Entonces, la expresión de su rostro cambió de golpe y me explicó que pensaba no entregar jamás su parte secreta porque no debía de ser muy reluciente. Añadió que tenía tanto miedo a la vejez y también a la soledad, en fin, a la locura más bien, que ya algunas veces tenía momentos, por la noche, pero de repente en pleno día también, durante los cuales se creía loca, *como un ser acabado*, que ya no tiene solución de todos modos, *que ya no puede dar marcha atrás, que ya ha ido demasiado lejos en una dirección*. Se refería probablemente al sentimiento de no tener más que su apariencia a su favor. Vivía esto como una

esquizofrenia, ya que sólo había sido querida por esta apariencia.

Se puso a contarme de uno en uno los tíos que se había cepillado desde que estaba en Tokio, sobre todo modelos, y se reía mientras volvía a hablar de Jason: “*Oh! such a horse!*” y entonces empezó con Mick Jagger: se había acostado con él también pero había resultado lamentable. Se habían conocido en no sé qué islote donde el uno como el otro estaban pasando unas vacaciones rodeados de amigos. Él parecía terriblemente atraído por ella y un día se le echó encima y la acorraló contra una pared, bramando como un salvaje, con sus gruesos labios, muy al estilo de Mick Jagger, muy como en la leyenda. Se quedó pasmada. Cuanto más que acababa de enamorarse de un paralítico. Se sentía dividida, nunca había vivido algo tan puro y tan fuerte como con este paralítico, la conmovía, pero al mismo tiempo se sentía desde luego muy atraída por Mick Jagger. Un día la invitó a su casa, en Londres. Entonces apenas habló, intentó más o menos follársela pero de un modo rápido y distante, luego subiéndose los pantalones le preguntó si tenía que pedirle un taxi. Regresó a su casa y se dejó caer en el sofá, con una botella de whisky a su lado.

Se hizo de día y seguíamos haciéndonos confianzas debajo de sus sábanas cuando la *booker* Reiko vino a buscarla a las ocho para salir a posar. Nos

sorprendió como en un sueño con el sonido estridente del timbre y dio un pequeño grito de estupor cuando nos vio juntas, pareció que le chocaba tremendamente ... Betty se fue y me dormí.

Dos días después de esta noche en blanco con la blanca Betty, me cruzo con ella en la agencia: la directora está tirándose de los pelos porque Betty ha llegado sin un gramo de maquillaje antes de los castings. Los ojos y la boca pálidos, el pelo sin peinar. Todo el equipo está desesperado, parecen estar violentos, defraudados casi por su rostro al natural, les cuesta reconocerla: ¡alguien que tanto cuida su apariencia, de costumbre! Nunca se habrían esperado eso de ella. Aparentemente a ella le da absolutamente lo mismo, *hoy ha decidido presentarse así.*

## EL DESEO DE COMUNICAR

Marie está esperando en el plató. Observa el ir y venir de los que se ajetrean. Está un pelin borracha y percibe a cada uno COMO ES EN LO MÁS PROFUNDO, y, entonces, encuentra que todo el mundo es bueno. Siente ganas de abrazarlos y de decirles: ¡pero mirad qué bella es la vida! Quisiera que desapareciera esa jerarquía en las relaciones. Siente ganas de decir: ¡oh! os lo ruego, olvidémonos de esas vanidades, de la apariencia de cada uno, de las relaciones de forcejeo y de frustración, de la sed de poder que se paga a todos los niveles. Mirémonos como lo estoy haciendo en este momento. Mientras tanto se dirige a uno tras otro abriéndole su corazón, su sonrisa, ofreciéndole su disponibilidad humana. Notan seguramente que no está en su estado normal, pero, como nada malo emana de ella, resulta más bien mono. Su rostro sólo tiene una expresión algo más lírica y su cuerpo se abandona a su alegría de vivir que es natural en ella: baila, da vueltas y volteretas. ¿Cómo reaccionan? Les divierte pero les ocupan cosas más serias, a los más sensibles quizá les conmueva pero aquel instante dura poco en su consciencia. Que haya bebido o no, esta chica es de

todos modos algo peculiar, siempre emana de su personalidad un deseo impetuoso y curioso de comunicar... Cuando ha bebido un poco, al menos se sabe por qué. La ven un poco loca y cada uno libera su deseo, su calor humano, su desenfreno o su agresividad en función de su humor. Ella sabe muy bien que no es el alcohol que le hace sentir el amor. Sólo quisiera decirles: de acuerdo, todos estamos condenados, todos vamos a morir —por eso no merece la pena hacernos pagar mutuamente la injusticia de esa suerte irremediable—, pero POR FAVOR SENTID EL CIELO SOBRE NUESTRAS CABEZAS, ESO ESTÁ EN NOSOTROS, MUY CERCA, ¿NO LO SENTÍS?

## EL INFIERNO

La soledad y la multitud... El consumo y la soledad... Periódicamente, me entran ganas de sumergirme en los grandes almacenes.

Es un ciclo, una necesidad que vuelve. Y es un estado de las profundidades: me hallo debajo del mar en medio de los humanos, ahí en donde todo el mundo nada sin jamás ver a nadie, hay productos flotando y cada uno se dirige hacia ellos.

Tengo la certeza de que pierdo mi tiempo y mi dinero pero a pesar de todo lo hago. Sin este fular o estos zapatos no podré seguir viviendo, van a cambiarlo todo, me ayudarán a encontrar un nuevo ánimo, un nuevo poder de seducción... Me volveré irresistible... Ésta es la ilusión a la cual me agarro.

La frivolidad, sólo para ayudar a vivir: abandonarse a ella pese a ser consciente de la futilidad, fingir que no se puede resistir a ella, apiadarse de su propia debilidad.

Como si amara esta soledad que invade todo mi cuerpo, más intensa, más presente que nunca en los grandes almacenes o los centros comerciales.

Deseo de embriaguez o ganas de morir. Un poco como en las discotecas pero en más fuerte: conciencia de una dispersión, dejar de existir singularmente y volverse informe en el mundo de la profusión y de los bienes... Perderse en ello volviéndose a la vez, de manera más dolorosa y aguda, sola.

Entre estas crisis de bulimia, olvido. Pero cada vez vuelve a sucederme. Esta mañana, me hacen imperativamente falta estos pantalones para acudir al casting... Mismo deseo, mismo espejismo. Cuando este ritmo se enardece, recorro el centro comercial del *Forum des Halles* de arriba abajo, y entro varias veces en los mismos sitios, esquivando la mirada de las dependientas que me reconocen. Me siento muy incómoda, como un hombre que pasaría varias veces delante de las mismas prostitutas sin saber lo que quiere. Busco mi objeto pero no sé qué es. Entro en todas las tiendas, me pruebo cosas, no compro. Algo me impide comprar. No porque sería una locura sino porque, a punto de saciar mi deseo, me parece demasiado irrisorio. Ante mí las dependientas, primero insistentes, luego agresivas, se vuelven levemente irónicas y por fin brutalmente indiferentes. Misma película de una tienda a otra. Misma música también, aquel ritmo binario machacado sin tregua.

Acabo comprando cualquier cosa. Apenas la he pagado, mi placer se desvanece; apenas la llevo puesta,

dejo de sentirme cómoda con ella. Me cruzo con un espejo -o la mirada de la gente - y la prenda mágica ya no es nada. Entonces me embarga otro sentimiento funesto, el despilfarro. ¿Qué has hecho con el poco dinero que tenías hace un momento?

Por fin, al cabo de hora y media de este shopping a la deriva, largo como una vida, salgo del *Forum* por la primera escalera mecánica. Vislumbro el gris del cielo en el cual me zambullo después de la artificiosidad blanquecina de los fluorescentes.

Contra el cielo, la iglesia de *Saint-Eustache*. Ganas de entrar en ella para descansar. ¡Qué contraste! La paz, el espacio, la luz me sobrecogen; ¿así que venía del infierno? camino pausadamente, miro, respiro hondo, saboreo el silencio que retumba en mí. Me dirijo hacia el lugar más oscuro, al fondo. Me tumbo en un banco, fijo la mirada en la bóveda durante un momento y cierro los ojos.

Este momento tampoco pertenece al tiempo real: el tiempo durante el cual nos entregamos a nuestros deberes sin que la duda nos alcance. Remite a las mismas profundidades que el desierto de la soledad durante la travesía del centro comercial. Pero entonces experimento lo contrario: en vez de dispersarme este momento me reúne, en vez de aturdirme y de desesperarme me permite encontrar de nuevo mi gran silencio interior, mi unidad.

Quando vuelvo a abrir los ojos, no sé cuanto tiempo ha transcurrido, me doy cuenta de que es demasiado tarde para mi casting, me da lo mismo. Tengo mucha hambre y vuelvo a coger la escalera mecánica hacia abajo, el descenso al infierno me trae delante del Quick Burger, las colas son largas -“*La época pide Quick*”- pero va lento. Una vez servidos, varios clientes buscan una mesa libre, con la bandeja en las manos. Miran hacia arriba, hacia la primera planta; ¿hay un sitio para mí? Casi parece una imagen mística, la idea me hace sonreír, me llevo mi hamburguesa esponjosa para comérmela mientras camino, tengo ganas de tirar el embalaje al suelo y, si no fuera por mi buena educación, lo habría hecho sin darme siquiera cuenta.

## UN ANTI DONJUÁN

Conocí a M. en un casting para un perfume “bisexual”. Había un montón de gente y mucha espera. Teníamos que pasar de dos en dos, al azar: un chico, una chica.

Entre todos los demás chicos guapos que se encontraban ahí, reparé inmediatamente en él: de sus gestos, de su mirada emanaban una lealtad y un candor inusuales que iluminaban aún más un rostro encantador. Era tanto más guapo cuanto que curiosamente -al ser modelo- no parecía ser consciente de ello, a diferencia de los chicos a su alrededor.

Su belleza ejercía una fascinación pues era pura -sin nada que fuera premeditado ni calculado, un regalo del cielo, quizá el más maravilloso cuando se trata de una belleza tan sobrecogedora. Esta belleza es inocencia y no vanidad.

Me preguntaba desde cuánto tiempo y cómo se había convertido en modelo y casi hubiera deseado no verlo ahí, de lo tanto que temía que el exhibicionismo y la dureza de los castings estropearan rápidamente tanta ingenuidad. Era incapaz de adivinar su nacionalidad o su origen social, como si este esplendor suyo hubiera convertido todo lo demás en incidentes.

Así estaba de absorta en contemplarlo cuando la “casting” me llamó para entrar... con él. Quisiera haber huido; más que desearla temía esta situación absurda.

La “casting” cerró bruscamente la puerta detrás de nosotros. Nos pidió que nos desnudáramos mientras cambiaba de cinta de vídeo. Cada uno detrás de una plancha, nos tomábamos nuestro tiempo. Luego teníamos que salir así, completamente desnudos, y subirnos a una tarima con fondo blanco. Una vez sentados ahí, con las rodillas recogidas entre los brazos, nos quedamos esperando, cortados, las instrucciones de la “casting” que seguía ocupada con otra cosa. Por fin nos pidió que nos colocáramos uno al lado del otro y cara a cara, con los rostros casi tocándose. Dócilmente y sin mirarnos acatamos sus órdenes. Enfocó la cámara, hubo un silencio y exclamó: “¡Muy bien! Ahora, voy a pedirlos que os acariciéis suavemente el uno al otro, los hombros, los brazos... Es un perfume muy sutil, se trata de transmitir una sensación de refinamiento.”

No era la primera vez que me encontraba, con motivo de un casting o de una publicidad, en la situación de simular la intimidad con un hombre. Acababa de hacer la portada de una revista sobre el tema de la contracepción masculina y había tenido que estar cinco horas transpirando bajo los focos en los brazos de un desconocido y fingiendo el deseo. Ya estaba tan

desligada que incluso este tipo de situación había dejado de incomodarme, era más bien una ocasión para el humor y la ironía, esa defensa natural que se adquiere tan rápidamente. Los hombres solían estar más cohibidos que yo pero siempre conseguía distenderlos: estaba muy tranquila, nunca falta de iniciativas y, aunque intimidados, acababan relajándose.

Pero allí me quedé completamente paralizada, no quería jugar a este estúpido juego, no con este chico. Él estaba tan cortado como yo, incluso más, estaba asustado. Como no quería ser la causa de su temor, no lo miraba mientras que la “casting”, con un tono impasible, intentaba animarnos: “¡Venga, no tengáis miedo! ¡Más caricias!...” El tono se hizo más virulento: “¡Pero cielos: miraos!”

No servía de nada, permanecíamos petrificados como dos gatitos atemorizados y, antes que ponerse más impaciente, la “casting” nos pidió que nos marcháramos. Era la primera vez que un sentimiento paralizaba mi buen hacer. Para él era distinto, no me había equivocado: estaba empezando.

Nos vestimos tan rápido el uno como el otro y salimos al mismo tiempo. Una vez en la calle nos despedimos educadamente y nos fuimos cada uno por su lado.

Algunos meses después, en el aeropuerto de Milán, lo distinguí al otro lado del cristal: embarcaba mientras que

yo llegaba. Lo miré fijamente, el suficiente tiempo para que sintiera esta mirada, entonces giró la cabeza y me vio. Primero se sonrojó por ser sorprendido de esta manera pero me reconoció y pareció contento de volver a verme. Estuvimos dialogando unos segundos con gestos como sordomudos: “¡Tú llegas y yo me voy!”, luego abrimos las manos como diciendo “¡así es la vida!” y partimos, una vez más, cada uno por su lado. Pensé que el hecho de que estuviera aquí significaba que seguía y que tenía éxito.

Pasaron los años. Empecé a ver a M. en revistas o en spots televisivos en toda Europa. Prestaba la belleza de sus facciones a marcas de *prêt-à-porter*, de perfumes o de prendas deportivas. Seguía teniendo esa peculiar gracia y su sonrisa permanecía extrañamente pura. Para mí era un enigma: jamás había conocido a nadie que tuviera éxito y conservara tanto candor. Su caso era singular, esta inocencia no era fingida. Volví a encontrarme con él un día a la salida de un estudio en Munich, él venía a trabajar ahí para algún tiempo. Quedamos en el bar donde por la noche se reunían todos los modelos y donde jugaba al billar con sus colegas. Delante de ellos se mostraba bastante distante conmigo, veía que se esforzaba por integrarse, por salir de su reserva, por formar parte de la pandilla de los tíos. Pero

no participaba en su fanfarronería, no se echaba a reír si no los encontraba graciosos.

De vez en cuando me lanzaba unas miradas en las cuales adivinaba cierta confusión, como si hubiéramos tenido algún secreto y que le incomodara que yo estuviera ahí. Con las demás modelos presentes parecía menos molesto, aunque todas se derretían por él. Pude observar que ahora era consciente de su incomparable encanto pero no sacaba ninguna vanidad de ello. Me fui a acostarme pues salía muy temprano al día siguiente. Estaba segura de volver a encontrarme con él pronto.

Unos meses más tarde fui a Tokio por tercera vez. Después de que el booker me hubiera acompañado a mi nuevo apartamento con mi equipaje, decidí irme de compras y salí sola a la calle. Al pasar delante de una estación de metro divisé una silueta que subía las escaleras y llamó mi atención: ¡era él! Le llamé, alzó los ojos y apenas pareció sorprendido. En París, Milán, Munich o Tokio, resultaba banal encontrarnos.

Él también se alojaba justo al lado y, esta vez, estábamos en la misma agencia. Así pues, lo veía cada día. Estaba contenta, no porque estuviera prendada de él sino porque me interesaba, quería entender qué le hacía especial, conocerlo mejor. Pero era tímido y huraño en general y más aún conmigo. Comprendí rápido que le impresionaba sin entender por qué, quizá porque lo

miraba más atentamente que quienes, nunca los mismos, lo rodeaban.

Me fijé en la mirada de los demás sobre él, en la agencia, en el bar por la noche o cuando salíamos varios a una discoteca. Despertaba un deseo loco allá donde estuviera: tanto en las mujeres como en los hombres, en los jóvenes como en los mayores. Se había acostumbrado a causar esta turbación a su alrededor, lo vivía con total humildad, como una fatalidad, una realidad que no procedía de él y contra la cual no podía actuar. Pero yo veía que le pesaba. Para él, vivirlo resultaba delicado y complicado. Pues este deseo era más bien impersonal: para quienes era su belleza pura lo que lo suscitaba, se asemejaba más a una nostalgia brutal -la revelación de su propia vida sin deseo- que a una proyección en lo real. Nadie intentaba conocerlo, se hallaba solo con su narcisismo inconsciente como único consuelo. Como para redimir una falta que no hubiera cometido, era muy bueno y tolerante.

Un día, su *roommate* se marchó y no había nadie para sustituirlo durante un mes entero. Me había oído echar pestes contra el *racket* de la agencia sobre los apartamentos (con los cuales hacía beneficios) y me propuso albergarme de incógnito. Esto creó una profunda complicidad entre nosotros, no había que

delatarse en la agencia (yo les había contado que unos amigos japoneses me habían invitado en su casa), tenía que esconderme cuando un *booker* venía a buscarlo, etc. Se sentía aún más intimidado que antes por esta repentina intimidad y, cuando no salía, se retiraba púdicamente a su cuarto después de haberme dado las buenas noches. Al fin, con el paso de los días, se abrió algo más conmigo. Le hice preguntas sobre sus orígenes —creía que era Inglés—. Reaccionó prontamente: “¡Yo, Inglés! ¡No soy Inglés, soy Irlandés!” Me enteré de que venía de la Beneficencia, nunca había tenido idea de quienes eran sus padres y que su verdadero oficio era el de carpintero: “*Carpenter, I’m a carpenter!*” A sus amigos de juventud irlandeses no les decía que era modelo sino que trabajaba en Francia de carpintero. Así que se avergonzaba de este trabajo poco viril; vender su apariencia y vivir de ella le hacía sentirse frágil. Del mismo modo que el privilegio de su belleza, en vez de proporcionarle especial seguridad, debilitaba su personalidad.

Yo le desconcertaba completamente, me veía diferente de las demás modelos sin entender muy bien mis críticas y mis exigencias, particularmente las que iban dirigidas hacia él. Veía que me interesaba por él pero no comprendía por qué, ya que no bastaba que fuera encantador y deseable.

Intentaba, sin darme cuenta de ello, provocar en él otra cosa, me burlaba amablemente de su pudor o de su propósito de conformidad en un mundillo que sin embargo detestaba. Esta mayor atención le hacía sentirse incómodo y le intrigaba, tenía miedo a los sentimientos, miedo de mirar hacia sus adentros. Entonces, su comportamiento pasaba de tener atenciones adorables como, por ejemplo, prepararme una cena deliciosa cuando volvía agotada, a un distanciamiento repentino e implacable.

La víspera de mi partida, nos contrataron juntos para una sesión fotográfica; se trataba de un catálogo de ropa.

Mientras el peluquero acababa de arreglarle un mechón para darle un aire de bello tenebroso absolutamente irresistible, me pitorreaba cariñosamente de él, con lo cual se reía y ruborizaba delante del equipo. Pero el hielo se había roto, me tocaba posar y era él ahora quien hacía muestra de una ironía alegre y brillante.

Luego teníamos que posar juntos y nos reímos como críos. La ropa, los accesorios, las poses, cualquier cosa era un pretexto para liberarnos del hastío de este oficio y a desencadenar nuestros ataques de risa. Cuanto más formal la ropa y más estirada y chic la pareja que debíamos encarnar, más motivos encontrábamos para desahogarnos. Después de la cena, el equipo, que nos había soportado durante diez horas seguidas, sintió alivio cuando nos marchamos.

Era mi última noche y teníamos que celebrarlo. Estuvimos vagando alegremente por la gran ciudad durante toda la noche, de calle en calle, de bar en bar, de discoteca en discoteca. Nos encontramos con compañeros de trabajo pero no nos quedamos en ningún sitio, como si nuestras piernas hubieran estado ardiendo. Para terminar tomamos ajenjo en un bareto, queríamos que esta noche no acabara nunca. Ya era muy tarde cuando le advertí que mi avión salía a las ocho. Corrimos hasta el apartamento, entonces se desplomó en la cama y con este candor que tanto me conmovía abrió sus brazos y dijo: “¡Ven a dormir conmigo!” Le respondí que no podía, que sólo me daba tiempo a preparar mi equipaje e irme. Pero me miró con un deseo que nunca había percibido en sus ojos y me derretí en sus brazos.

Amanecía, estábamos dormidos. Me desperté sobresaltada, sólo había dormido veinte minutos pero mi avión despegaba dentro de una hora y media y el aeropuerto quedaba muy lejos. Sin hacer ruido recogí mis cosas, en un santiamén metí todo en mi bolsa y lo miré mientras dormía a la luz del amanecer, mi amante magnífico. Mis ojos se detuvieron en sus hombros divinos que había visto por primera vez unos años antes con motivo de un casting para un perfume “bisexual”. Cinco minutos más tarde abandonaba Tokio en un taxi que iba a toda velocidad. Cogí mi avión in extremis, la

facturación acababa de cerrarse pero me dejaron embarcar.

Durante el despegue pegué mi cabeza contra la ventanilla, lo imaginé resplandeciendo en su sueño. Nunca volví a verlo.

## **LA IMAGEN QUE QUIERE OBTENER**

No hay ningún contacto entre este fotógrafo y yo. No parece distinguirme, a mí, la persona de carne y sangre, sino ver únicamente la foto que va a realizar. ¡Vaya!, hele aquí que se acerca, ¿va a hablarme? No, se ve que mi codo se sale un poco del encuadre y lo desplaza, ¡como si yo fuera un mueble! ¡Si no tiene más que decirme lo que quiere! Tengo un cerebro, con mucho gusto ejecutaría lo que me pidiera. De todos modos, que mire por fuera o a través de su objetivo no ve nada o, más bien, únicamente lo que él se representa: la imagen que quiere obtener. Yo sólo existo dentro de esta perspectiva, pasivamente. No deja espacio para otra cosa.

## EL MUNDO REAL

Acabo de pasarme toda la mañana andando en la calle y ahora entro en un bar. Me siento al lado del cristal. A través de ello el sol me acaricia. A mi alrededor, el ruido, los camareros que hacen su trabajo, las conversaciones. Tengo la sensación de ser abstracta, fuera de juego. En la acera la gente circula a toda prisa. La miro. En París, en Madrid, en Londres o en Tokio, pese a la disparidad de estos mundos, no hay más que una gran indiferencia en el flujo de la calle. El perrito de la vecina ladra a mis pies y me siento embargada por una desesperación absoluta.

Sin embargo, a veces, cuando vuelvo a pisar la calle después de un casting, me sorprende la suavidad del ambiente comparada con la dureza del mundo que acabo de dejar. Una suavidad hecha de impersonalidad y de temor pero aun así, suavidad. Al menos una ausencia de maldad... En el individuo aislado es fácil hallar simplicidad, muchas expresiones inconscientes de la inocencia. Tan inconscientes que uno se siente mirón. Esta inocencia que perdemos en la exhibición, en el saber de la imagen, en su aprendizaje. Este trabajo

refuerza tanto el conocimiento de uno mismo como la capacidad de verse en representación.

Bajo las escaleras del metro. He abandonado este mundo que manipula, que fabrica la publicidad desplegada en todos los muros de la ciudad cosmopolita. Vuelvo al mundo real.

Los túneles del metro no conceden tregua a la publicidad, prosigue su trabajo, iluminada por lucecitas; pero son negros y sinuosos y permiten que el pensamiento vague... al menos si uno no topa con su reflejo lúgubre en el cristal.

## PERDIA DE MORAL

Estoy desmoralizada. Hubo cocaína todo el día. Tomé para aguantar porque las condiciones físicas eran duras, unas fotos en la nieve... El redactor me la dio para el *fun* y también para la foto: quería ayudarme a llegar a este punto de extremo, de locura. Éste era su deseo. Normalmente, no necesito nada para alcanzar esta locura. El fotógrafo lo sabe muy bien, no es la primera vez que trabajamos juntos.

Me pregunta qué me pasa. No me reconoce. Yo tampoco me reconozco. Puede que simplemente no pueda más, no lo consiga más. He de estar desinhibida, carnal, presente pero no lo logro; como si hubiera perdido toda mi pericia y sobre todo *toda mi capacidad de dar*. Me siento agotada, fea, con estas pestañas postizas de cuatro kilos que me hacen una mirada tan plúmbea como lo que se siente mi corazón. Mi piel está irritada, cuantos más polvos añade el maquillador, peor... Unas lágrimas brotan sin cesar de mis ojos, debe de ser el cansancio, el maquillaje se corre, es un desastre. Me vuelven a maquillar pero ya ni siquiera agarra. Se muestran

pacientes, amables conmigo y no me siento a la altura.  
¿Es la cocaína que me hace sentirme aún más  
deprimida? Estoy en caída libre. ¡A falta de moralidad,  
falta de moral!

## EL NIÑO

De todos los sitios en los que estuve errando, Japón ocupa un lugar aparte; de ello guardo unos recuerdos particularmente fuertes. Quizá porque allí me sentí aún más desvalida que de costumbre por hallarme completamente desarraigada y aislada. Durante mis paseos por lugares desconocidos, viví momentos tan insólitos que su recuerdo vuelve a mi mente como apariciones, de forma borrosa: ya no sé si los he soñado o si son reales. Son visiones fugaces que sin embargo me conmovieron profundamente.

En cuanto llegué a Tokio presentí la existencia de otra cosa que la ciudad occidental aparente. Tantos indicios de otro mundo: templos en miniatura por la calle donde el incienso arde entre dos edificios modernos; tabiques que se cierran, cuando paso por una callejuela, sobre una mujer en kimono y un hombre mayor con gestos lentos y ceremoniosos sentado en el suelo con las piernas cruzadas...

Recuerdo: el metro me lleva hacia Asakusa, mercado de especias.

Ahí empieza la novedad, una multitud de pequeños vendedores delante de una multitud de cestas que contienen una multitud de pescados secos.

Entro en un cafeticho donde soy la única Blanca, la única mujer incluso, no me doy cuenta de ello hasta después. Pido una cerveza, me gusta la cerveza japonesa. Los camareros echan a hablar y a reírse. No entiendo nada, lo saben pero no lo hacen ostentosamente. Incluso tienen esta increíble maña para mirar sin mirar. Me resulta asombroso: siento, sé que me miran y sin embargo cada uno apunta la mirada hacia una dirección distinta. Al fondo, casi en la penumbra, hay un anciano sentado; acabo de vislumbrarlo ahora que me he acostumbrado a la oscuridad. Él, a diferencia de los demás, me mira fija y tranquilamente, se percibe benevolencia en su expresión.

Salgo y camino todo recto al azar, las calles se ensanchan un poco. Aparece la silueta majestuosa de un templo, me acerco lentamente. Arriba de las escaleras, las puertas están abiertas de par en par; sentado en el suelo, un joven sacerdote con la cabeza afeitada copia metros de escritura. Observo esta silenciosa escena, alza sus ojos rasgados sobre mí. Todo reside en el gesto que se detiene un instante. Me apetece sonreír pero no me atrevo, mi sonrisa se queda prisionera. Prosigo siempre todo recto y me encuentro con una pequeña estación: hay estaciones por todas partes en Tokio, que parecen

tener cientos de destinos... Hasta entonces, ¡jamás había tenido tanto miedo a perderme! Cojo un tren sin conocer su destino, sólo sé que me aleja más del centro. Miro por la ventana y me bajo cuando advierto algo de vegetación, una colina.

Me subo a ella con la sensación de dirigirme hacia un lugar enigmático. Empieza a anochecer. Al acercarme veo que se trata de un cementerio. Lo que me llama enseguida la atención es la paz que ahí reina, una paz melancólica, en absoluto lúgubre. Camino por sus alamedas y pienso que ¡en mi vida he visto un parque tan bonito! Hay palos cubiertos con inscripciones clavados en las tumbas, en algunas hay muchos, en otras no; me pregunto sobre su significado, no hay nadie para contestarme. Estoy totalmente sola y serena, se ha hecho de noche. Después de haber recorrido de un lado al otro este extenso cementerio, decido volver y me dirijo a la estación.

Cuando bajo al andén para coger el tren en el sentido de vuelta, me cruzo con la mirada de un niño. Una mirada tan intensa que me saca de mis pensamientos, de la dulce quietud donde me encontraba. Esta mirada expresa un impacto tan fuerte que me doy la vuelta para ver si realmente va dirigida a mí; pero a mi espalda sólo hay rostros japoneses impassibles. Por mucho que me sienta fusionada con lo que me rodea, mi apariencia me hace radicalmente distinta y es también la

primera vez en mi vida que experimento esto de manera tan fuerte. Me subo al tren abarrotado, busco un hueco en la barra para agarrarme a ella en medio de todas estas manos oscuras y delicadas. Noto una presencia a mi lado, el niño está aquí. Mantiene su mano derecha extendida contra su cuerpo, sólo unos centímetros la separan de la mía contra mi pierna. No me mira pero al observarlo percibo que es preso de alguna agitación interior, su respiración es rápida. Después, sin poder dar crédito, veo que acerca muy sutilmente su mano a la mía, como si nada. Su respiración se acelera. No me muevo, me roza y entonces cierra los ojos, sus párpados tiemblan. Un asiento queda libre y lo ocupo, el niño abre los ojos, permanece inmóvil y no para de mirarme furtivamente, expresa tanta turbación que me cuesta entender, creerme lo que está sucediendo.

En la parada Asakusa me bajo, salgo de la estación, camino hacia el metro, miro el plano varias veces antes de saber qué dirección tomar.

Me siento todavía completamente turbada por este niño que, a la vez, me ha hecho gracia, ¡era adorable! Pero al llegar al andén, vuelvo a notar su presencia. ¡Él! De nuevo él, ¡no me mira pero permanece muy cerca de mí!

En este vagón hay sitio, los largos asientos tapizados con terciopelo rojo están prácticamente vacíos, me siento en el centro de uno de ellos. El niño se

queda de pie y me echa unas miradas relámpago sin por ello dirigírmelas: como si no se diera cuenta de ello siquiera. Súbitamente viene a pegarse a mí, ¡cuando el asiento está vacío! De nuevo intenta, con el dorso de su mano contra su pantalón, tocar la mía, tiene la mirada baja. La emoción transforma su rostro, lo miro sin saber cómo reaccionar, dentro de mí se atropellan la diversión y la gravedad. Recobro una sensación que había experimentado en Turquía o en el Magreb y que había olvidado. El mero hecho de ser mujer puede ser una experiencia perturbadora. Es la revelación de lo que soy muy a mi pesar, en primer y último término. Turbación que nosotras, mujeres occidentales, provocamos sin saberlo pero que no podemos experimentar en nuestros países.

Esta sensación quizá resulte aún más fuerte aquí, porque la confusión del niño es tal que pienso que ni él ni yo vamos a poder soportarla por más tiempo. Jamás he visto tanta timidez combinada con semejante temeridad, esto es lo más increíble de todo, ¡semejante deseo unido con semejante tabú!

Enfrente se ha sentado un señor de cierta edad y empieza a mirar al niño con severidad pero el niño hace como si no lo viera —o a lo mejor es que no lo ve—. Ahora el señor se encara con él con verdadera dureza y le dice una palabra en japonés cuando yo también quiero hablarle para romper esta insoportable tensión. Me dirijo

a él en inglés, le pregunto cómo se llama y el niño, sin contestar al señor, pone entonces los ojos en blanco como si fuera a desmayarse. He llegado a mi estación, el señor también se levanta y echa en cara una frase al niño en un tono desaprobador. El niño permanece clavado en el asiento mientras me dirijo hacia las puertas pero, antes de que se cierren, se encuentra él también en el andén. No salgo de mi asombro: ¿hasta dónde va a seguirme?

Salgo a la noche de invierno bajo las miles de ventanas encendidas de los rascacielos, la temperatura es suave. Mis pasos retumban sobre el asfalto nuevo y oigo el eco de otros pasos. Sé que es él, no me doy la vuelta.

Cuando llego delante de mi edificio giro por fin la cabeza hacia él y se para inmóvil, como si una repentina parálisis le mantuviera a distancia, un, dos, tres, al escondite inglés, sin mover las manos ni los pies; le sonrío, por primera vez me mira fijamente, su mirada va conscientemente dirigida a mí. En sus ojos hay melancolía y dulzura. Lo abandono afuera, entro en la finca y cojo el ascensor hasta mi apartamento en la tercera planta. Por suerte no hay nadie: la otra modelo no ha vuelto. Quiero saborear sola la turbación causada por este acontecimiento disparatado y mágico. Enciendo las luces y voy a la ventana: está ahí, abajo, con el rostro erguido hacia arriba, y siempre con su cartera de colegial en la espalda. De pronto me angustio: ¿sabrá

volver a su suburbio tan alejado? Su madre estará preocupadísima a estas horas... Corro las cortinas blancas y opacas, decido no hacerle más caso. Pero no puedo remediarlo, está ahí como una obsesión, ¡tenaz! Me deslizo contra la pared debajo de la ventana y miro sin dejarme ver: sigue ahí plantado, con el rostro levantado hacia la luz, a la espera. Yo tampoco me muevo, quiero comprobar que se vaya. Al cabo de diez largos minutos se da la vuelta y se va. Lo sigo con la mirada hasta que desaparece por la escalera del metro. Entonces en mi fuero interno, mirando las luces de la ciudad, la noche de los desconocidos en la cual se funde, le dedico un largo poema amoroso: a su singularidad, a su temeridad, a su intensidad.  
*¡Niño, no las pierdas nunca!*

© Dominique Abel